

Jueves 26 de septiembre del 2002

• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



## Plebiscito

**N**i duda cabe que ejercer el poder es un ejercicio complejo. En los tiempos del autoritarismo, los gobernantes ni siquiera tenían dudas existenciales: Las decisiones se tomaban de manera vertical; prácticamente nunca se preguntaban sobre la legitimidad de sus actos, ya que simplemente se disciplinaban a los dictados del Ejecutivo en turno.

Las alternancias políticas han obligado a otro tipo de conducción y de ejercicio del poder. Ahora al menos cualquier acto se lleva a cabo a nombre de la democracia. Pero llega un momento en que los ciudadanos exigen acciones consecuentes con aquello que los candidatos prometieron en campaña. Muchas de las promesas incluyen ampliar la participación ciudadana en la toma de decisiones. En el caso de los catorce gobiernos estatales surgidos de partidos de "oposición" (PAN, PRD y coaliciones), fue una de las principales banderas democratizadoras durante sus campañas. En la mayoría de estas entidades se han promulgado leyes de participación ciudadana.

Por su origen, el PRD se siente más obligado a reivindicar los diferentes instrumentos contemplados en la normatividad: Plebiscito, referéndum e iniciativa ciudadana. En el caso del Gobierno del Distrito Federal, Andrés Manuel López Obrador ha añadido la consulta telefónica, que formalmente no se encuentra en la respectiva ley de participación.

El domingo 22 de septiembre se celebró el primer plebiscito en la historia del Distrito Federal. Éste no es un dato menor; según mi información sería el primero también en la historia política de nuestro país. Para algunos analistas y políticos, sería ideal instrumentar este tipo de mecanismos de manera constante. No estoy muy seguro si la escasa recurrencia podría no sólo explicarse por el autoritarismo del sistema político mexicano, y porque una cosa son las promesas de campaña y otra los costos de llevarla a cabo. Me refiero a los costos políticos y económicos. Sabemos que la democracia cuesta. Llevar a cabo elecciones confiables y transparentes nos costó crear y sostener al Instituto Federal Electoral y a los institutos estatales. Como nadie confiaba en los procesos electorales, tuvimos que formar grandes instituciones que, según la lógica, en la medida en que las elecciones fueran siendo incuestionables, los institutos irían desapareciendo. Eso no ha sucedido y tampoco se vislumbra que en el mediano plazo tenga lugar. Este tema requiere una profunda discusión.

El plebiscito del domingo pasado tuvo un costo económico muy alto: 48 millones de pesos. Hay quien sostiene que eso es lo de menos pues los recursos provinieron del presupuesto del Instituto Electoral del Distrito Federal y que por lo mismo de todos modos iban a gastarse. Me parece ilógico el razonamiento: Finalmente son recursos públicos, independientemente de que el presupuesto provenga de una instancia gubernamental o de otra.

El costo político también será alto: Sólo el 6% de los inscritos en el listado nominal del DF acudió a emitir su sufragio. Pero del total de votos válidos —420 mil 522—, apenas 274 mil 606 se pronunciaron a favor de la propuesta del Jefe de Gobierno sometida a referéndum: La construcción de segundos pisos a Viaducto y Periférico. Según lo estableció el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, los votos requeridos para que la decisión tuviera carácter "vinculatorio" era de 2.2 millones.

La altísima abstención del 94% puede deberse a varios factores: Falta de información, escasa difusión en los medios, politización del tema, etcétera; sin embargo, resulta innegable que la ciudadanía le dio la espalda al proceso. Como se hace en otros países, el plebiscito pudo haberse llevado a cabo el próximo año, durante la jornada electoral. Las prioridades las marcó la agenda política de Andrés Manuel López Obrador. Ahora está en manos del tabasqueño decidir si continúa con el proyecto de la obra faraónica o si es sensible a lo expresado por la ciudadanía con su ausencia de las urnas. Me temo que el populismo y la demagogia que ha caracterizado a López Obrador se impongan. Está convencido que la Presidencia de la República se puede ganar por consulta, adornando el camino con "moños democráticos".